

# EL VALOR RELIGIOSO DEL CONCILIO

*Alocución pronunciada por S.S. Pablo VI el 7 de diciembre de 1965, en la Basílica Vaticana, durante la sesión pública con que se clausuró el Concilio ecuménico Vaticano II.*

Nuestra habitual sección de DOCUMENTOS recoge siempre trabajos de gran actualidad. Hoy presentamos un discurso de Pablo VI pronunciado en la sesión de clausura del Concilio Vaticano II en 1965, porque a pesar del tiempo transcurrido, lo consideramos actualísimo. Las palabras del Papa no son florituras literarias, sino RESPUESTA CONCRETA A PROBLEMAS Y DIFICULTADES CONCRETOS que se daban en ese entonces y que SIGUEN DANDOSE EN LA ACTUALIDAD.

El Concilio, por su modo de proceder y sus documentos, rompía —no negándolos, sino superándolos— los esquemas con los que la Iglesia se había ido entendiendo a sí misma en los últimos siglos. Algunos cristianos de todos los estamentos eclesiales, se sentían alarmados por esa ruptura. Aunque su fidelidad los empujaba a admitir lo dispuesto por el Concilio, quedaba por dentro una seria inquietud. Estaban desconcertados por el propio clima de libertad que reinó en las discusiones conciliares, porque la magna asamblea había reconocido que no tenía solución a todos los problemas que se le presentaban, por la apertura hacia quienes no participan de la misma fe... Estaban preocupados porque percibían con dolor —desde el apego a la “seguridad” anterior— que se abría paso una Iglesia mucho más pluralista, más dialogal. Estaban sorprendidos al contemplar una Iglesia tan sensible a los “problemas temporales” de los hombres como a su salvación definitiva...

Este desconcierto, preocupación y sorpresa PERDURAN TODAVIA. Frente a las búsquedas de teólogos y pastoralistas, frente al pluralismo que se abre en diálogo y en acción común con quienes tienen creencias diferentes a las nuestras y que ha roto un viejo monolitismo para “vivir la unidad desde la diversidad percibida como riqueza del Espíritu”, frente a una pastoral comprometida en los problemas sociales.

Era lógico que esto sucediera, ya que la propuesta eclesial del Vaticano II es de tal condición que necesita tiempo para hacerse carne frente al peso de lo anterior. Ese es su gran valor: que no se agota en su promulgación, sino que se abre a un futuro que debemos ir construyendo. Pero, quizás, las respuestas que el Papa diera en ese entonces, puedan contribuir hoy a deshacer dificultades que ya estaban presentes al final del Concilio y que, a pesar del avance logrado, últimamente parecerían cobrar nuevo vigor.

**Pablo VI defiende el Concilio. Ya en el momento que estaba a punto de concluir, surgían dudas sobre su VALOR RELIGIOSO. Naturalmente quienes dudaban no eran los “enemigos” de la Iglesia, sino sus propios miembros. ¿No estará la Iglesia conciliar demasiado entregada al mundo? El Papa responde: es una Iglesia que, como Cristo, se entrega por amor para dar la vida al mundo.**

**La dificultad que se planteaba era que lo religioso es la “unión con Dios”. Pablo VI afirmará que eso es cierto y que ciertamente esa es la razón de ser de la Iglesia y de lo que ella hace, ama y espera.**

1. Concluimos el día de hoy el Concilio ecuménico Vaticano II. Lo concluimos en la plenitud de su eficiencia: vuestra presencia tan numerosa lo demuestra, la ordenada trabazón de esta asamblea lo atestigua, el regular epílogo de los trabajos conciliares lo confirma y la armonía de sentimientos y propósitos lo proclama, y, si no pocas cuestiones suscitadas en el curso del Concilio mismo quedan esperando conveniente respuesta, esto indica que sus trabajos terminan no por cansancio, sino por la utilidad que este Sínodo universal ha despertado, y que en el período post-conciliar, con la gracia de Dios, aplicará a estas cuestiones sus generosas y ordenadas energías. Este Concilio entrega a la historia la imagen de la Iglesia católica, representada por esta aula llena de pastores que profesan la misma fe, que exhalan la misma caridad, asociados en la misma comunión de oración, de disciplina, de actividad y —lo que es maravilloso— todos deseosos de una sola cosa: de ofrecerse como Cristo, nuestro Maestro y Señor, por la vida de la Iglesia y por la salvación del mundo. Y este Concilio no sólo entrega a la posteridad la imagen de la Iglesia, sino también el patrimonio de su doctrina y de sus mandamientos, el “depósito” recibido de Cristo y meditado en el curso de los siglos, vivido y expresado, y ahora aclarado en tantas de sus partes, establecido y ordenado en su integridad; depósito vivo por la divina virtud de verdad y gracia que los constituye, y por eso idóneo para vivificar a quienquiera que lo acoja piadosamente y que alimente con él su propia existencia humana.

2. Qué ha sido este Concilio, qué ha hecho, sería ahora el tema natural de nuestra meditación final. Pero eso requeriría demasiada atención y tiempo, y tal vez no tendríamos en estos últimos y estupendos momentos fuerzas suficientes para hacer con tranquilidad semejante síntesis. Nos queremos reservar estos momentos preciosos a un solo pensamiento que inclina humildemente nuestros espíritus y que al mismo tiempo los levanta hasta el vértice de nuestras aspiraciones. El pensamiento es éste: ¿cuál es el valor religioso de nuestro Concilio? Decimos religioso por la relación directa con Dios vivo, relación que es la razón de ser de la Iglesia y de cuanto ella cree, espera y ama, de cuanto ella es y hace.

3. ¿Podemos decir que hemos dado gloria a Dios, que hemos buscado su conocimiento y amor, que hemos progresado en el esfuerzo de su contemplación, en el ansia de su celebración y en el arte de darlo a conocer a los hombres, que nos mi-

**Otra dificultad: ¿Ha sido el Concilio infiel a su intención original? Si para dar eficacia al mensaje que la Iglesia debe transmitir debía buscar primero el Reino de Dios y su Justicia.**

**A un mundo que quiere afirmarse olvidando a Dios, el Concilio le propone un Dios vivo como norte de toda la actividad humana.**

**Otra crítica: el Concilio se ha ocupado más de la Iglesia que de Dios. La respuesta: en la Iglesia busca encontrar el Espíritu de Jesús que en ella está que es el que le conduce al Dios vivo.**

**Para ser fiel a su misión la Iglesia se ha acercado al hombre. La Iglesia se había quedado atrás y ha tenido que correr para alcanzar a la sociedad que debe evangelizar.**

ran como a pastores y maestros de los caminos del Señor? Nos creemos ingenuamente que sí. Y precisamente porque ésta fue la intención inicial y fundamental de donde brotó el propósito que había de conformar el futuro Concilio. Resuenan todavía en esta basílica las palabras pronunciadas en el discurso inaugural del mismo Concilio por nuestro venerado predecesor Juan XXIII, a quien podemos llamar, con razón, autor del Sínodo. El dijo entonces: "Lo más importante en el Concilio ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana se guarde y se proponga de una manera más eficaz... Cristo, Señor, pronunció en verdad esta sentencia: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia*. Y este dicho, ante todo, declara adónde principalmente conviene que se dirijan nuestras fuerzas y pensamientos" (*Discorsi*, 1962. pág. 583).

4. Y tras la intención ha venido el hecho. Para apreciarlo dignamente es menester recordar el tiempo en que se ha llevado a cabo: un tiempo que cualquiera reconocerá como orientado a la conquista de la tierra más bien que al reino de los cielos; un tiempo en el que el olvido de Dios se hace habitual y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico; un tiempo en el que el acto fundamental de la personalidad humana, más consciente de sí y de su libertad, tiende a pronunciarse en favor de la propia autonomía absoluta, desatándose de toda ley trascendente; un tiempo en el que el laicismo aparece como la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la más alta filosofía de la ordenación temporal de la sociedad; un tiempo, además, en el cual las expresiones del espíritu alcanzan cumbres de irracionalidad y de desolación; un tiempo, finalmente, que registra, aun en las grandes religiones étnicas del mundo, perturbaciones y decadencias jamás antes experimentadas. En este tiempo se ha celebrado este Concilio a honor de Dios, en el nombre de Cristo, con el ímpetu del Espíritu Santo, que "todo lo penetra" y que sigue siendo el alma de la Iglesia *para que sepamos lo que Dios nos ha dado* (cf. 1 Cor. 2,10-12), es decir, dándole la visión profunda y panorámica, al mismo tiempo, de la vida y del mundo. La concepción teocéntrica y teológica del hombre y del universo, como desafiando la acusación de anacronismo y de extrañeza, se ha erguido con este Concilio en medio de la humanidad con pretensiones que el juicio del mundo calificará primeramente como insensatas, pero que luego, así lo esperamos, tratará de reconocerlas como verdaderamente humanas, como prudentes, como saludables, a saber: que Dios sí existe, que es real, que es viviente, que es personal, que es providente, que es infinitamente bueno; más aún, no sólo bueno en sí, sino inmensamente bueno para nosotros; nuestro creador, nuestra verdad, nuestra felicidad, de tal modo que el esfuerzo de clavar en 'El la mirada y el corazón, que llamamos contemplación, viene a ser el acto más alto y más pleno del espíritu, el acto que aún hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana.

5. Se dirá que el Concilio, más que de las verdades divinas, se ha ocupado principalmente de la Iglesia, de su naturaleza, de su composición, de su vocación ecuménica, de su actividad apostólica y misionera. Esta secular sociedad religiosa que es la Iglesia ha tratado de realizar un acto reflejo sobre sí misma para conocerse mejor, para definirse mejor y disponer, consiguientemente, sus sentimientos y sus preceptos. Es verdad. Pero esta introspección no tenía por fin a sí misma, no ha sido acto de puro saber humano ni sólo cultura terrena; la Iglesia se ha recogido en su íntima conciencia espiritual, no para complacerse en eruditos análisis de psicología religiosa o de historia de su experiencia o para dedicarse a reafirmar sus derechos y a formular sus leyes, sino para hallar en sí misma, viviente y operante en el Espíritu Santo, la palabra de Cristo y sondear más a fondo el misterio, o sea, el designio y la presencia de Dios por encima y dentro de sí y para reavivar en sí la fe, que es el secreto de su seguridad y de su sabiduría, y reavivar el amor que le obliga a cantar sin descanso las alabanzas de Dios: *Cantare amantis est*: "Es propio del amante cantar", dice San Agustín (*Serm.* 336: PL 38,1472). Los documentos conciliares, principalmente los que tratan de la divina revelación, de la liturgia, de la Iglesia, de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos, permiten ver claramente esta directa y primordial intención religiosa y demuestran cuán límpida, fresca y rica es la vena espiritual que el vivo contacto con Dios vivo hace saltar en el seno de la Iglesia y correr por su medio sobre los áridos terrones de nuestros campos.

6. Pero no podemos omitir la observación capital, en el examen del significado religioso de este Concilio, de que ha tenido vivo interés por el estudio del mundo moderno. Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio. Esta actitud, determinada por las distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en éste particularmente, entre la Iglesia y la civilización profana, actitud inspirada siempre por la esencial misión salvadora de la Iglesia, ha estado obrando fuerte y continuamente en el Concilio, hasta el punto de sugerir a algunos la sospecha de que un tolerante y excesivo relativismo al mundo exterior, a la historia que pasa, a la moda actual, a las necesidades contingentes, al pensamiento ajeno, haya estado dominando a personas y actos del Sínodo ecuménico a costa de la fidelidad debida a la tradición y con daño de la orientación

**El Concilio es religioso porque es cristiano. Su religión es como la de Cristo, el Amor.**

**Los padres del Concilio miraron con atención a los hombres y los humanismos todos. Allí, la religión del hombre que pretende hacerse Dios. Frente a eso, ni el choque ni la huida, sino la preocupación pastoral por todas las necesidades del hombre. La Iglesia es promotora del hombre y de la humanidad.**

**Ante el error, no brota la condena, sino la denuncia hecha con amor y verdad. Pero con un mensaje de esperanza.**

**Aspiraciones de los hombres son: existencia sin mentira, justicia y reconocimiento de sus derechos. La luz y el seguimiento de Cristo son respuesta a esas aspiraciones.**

**El Concilio no pretende dar respuesta y resolver todos los problemas que el mundo le plantea. Por ello, por fidelidad al Concilio, hay que seguir adelante en su misma línea y con su mismo espíritu.**

**La línea y el espíritu del Concilio son el diálogo con el hombre de hoy tal cual es.**

religiosa del mismo Concilio. Nos no creemos que este equívoco se deba imputar ni a sus verdaderas y profundas intenciones ni a sus auténticas manifestaciones.

7. Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad, y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación, cuando recordamos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos (cf. Io 13,35), y cuando dejamos que resuenen en nuestras almas las palabras apostólicas: *La religión pura y sin mancha a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y precaverse de la corrupción de este mundo* (Iac. 1,27); y todavía: *El que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve?* (1 Io. 4,20).

8. La Iglesia del Concilio, sí, se ha ocupado mucho, además, de sí misma y de la relación que la une con Dios, del hombre tal cual hoy en realidad se presenta: del hombre vivo, del hombre enteramente ocupado de sí, del hombre que no sólo se hace el centro de todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad. Todo el hombre fenoménico, es decir, cubierto con las vestiduras de sus innumerables apariencias, se ha levantado ante la asamblea de los Padres conciliares, también ellos hombres, todos pastores y hermanos, y, por tanto, atentos y amorosos; se ha levantado el hombre trágico en sus propios dramas, el hombre superhombre de ayer y de hoy, y, por lo mismo, frágil y falso, egoísta y feroz; luego, el hombre descontento de sí, que ríe y que llora; el hombre versátil, siempre dispuesto a declamar cualquier papel, y el hombre rígido, que cultiva solamente la realidad científica; el hombre tal cual es, que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre a la expectativa de algo, el *filius accrescens* (Gen. 49,22); el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza, por la piedad de su dolor; el hombre individualista y el hombre social; el hombre "laudator temporis acti" (que alaba los tiempos pasados) y el hombre que sueña en el porvenir; el hombre pecador y el hombre santo... El humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en un cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión --por que tal es-- del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podría haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesidades humanas --y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra-- ha absorbido la atención de nuestro Sínodo. Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros --y más que nadie-- somos promotores del hombre.

9. ¿Y qué ha visto este augusto Senado en la humanidad, que se ha puesto a estudiarla a la luz de la divinidad? Ha considerado, una vez más, su eterna doble fisonomía: la miseria y la grandeza del hombre, su mal profundo, innegable e incurable por sí mismo, y su bien, que sobrevive, siempre marcado de arcana belleza y de invicta soberanía. Pero hace falta reconocer que este Concilio se ha detenido más en el aspecto dichoso del hombre que en el desdichado. Su postura ha sido muy a conciencia optimista. Una corriente de afecto y de admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad que la verdad; pero, para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza; sus valores no sólo han sido respetados, sino honrados; sostenidos sus incansables esfuerzos; sus aspiraciones, purificadas y bendecidas.

10. Ved, por ejemplo: las innumerables lenguas de los pueblos hoy existentes han sido admitidas para expresar litúrgicamente la palabra de los hombres a Dios y la Palabra de Dios a los hombres; al hombre en cuanto tal se le ha reconocido su vocación fundamental a una plenitud de derechos y a una trascendencia de destinos; sus suprémas aspiraciones a la existencia, a la dignidad de la persona, a la honrada libertad, a la cultura, a la renovación del orden social, a la justicia, a la paz, han sido purificadas y estimuladas; y a todos los hombres se les ha dirigido la invitación pastoral y misional a la luz evangélica.

11. Tocamos ahora brevemente las muchas y amplísimas cuestiones relativas al bienestar humano, de las que el Concilio se ha ocupado; tampoco ha pretendido él resolver todos los problemas urgentes de la vida moderna; algunos de ellos han sido reservados para un ulterior estudio que la Iglesia pretende llevar a cabo; muchos han sido presentados en términos muy restringidos y generales, susceptibles, por consiguiente, de sucesivas profundizaciones y de aplicaciones diversas.

12. Pero conviene notar una cosa: el magisterio de la Iglesia, aunque no ha querido pronunciarse con sentencia dogmática extraordinaria, ha prodigado su enseñanza autorizada acerca de una cantidad de cuestiones que hoy comprometen la conciencia y la actividad del hombre; ha bajado --por decirlo así-- al diálogo con él, conservando siempre su autoridad y virtud propias, ha adoptado la voz fácil y

**La Iglesia se define como "sirvienta" de la humanidad.**

**Para la Iglesia, volverse al hombre no es desvío. Es volver a su centro, porque el hombre es para la Iglesia de Jesús el centro de su interés pastoral y religioso.**

**El Concilio se esfuerza por conocer a Dios y al hombre. Su camino ha sido: de los rostros de los hombres, al rostro de Cristo y de éste al Padre. El humanismo del Concilio es así auténtico cristianismo.**

**Todo el significado del Concilio es religioso. Porque es una invitación al hombre de hoy a encontrar al Dios de Jesús por el camino del amor al hermano. El Concilio enseña a amar más y a servir mejor.**

**El camino hacia Dios a través de los hombres que el Concilio ha recorrido, le ha llevado a encontrar al Dios verdadero, al Padre de Jesús que envía al Espíritu Santo.**

amiga de la caridad pastoral, ha deseado hacerse oír y comprender de todos; no se ha dirigido sólo a la inteligencia especulativa, sino que ha procurado expresarse también con el estilo de conversación corriente de hoy, a la cual el recurso a la experiencia vivida y el empleo del sentimiento cordial confieren una vivacidad más atractiva y una mayor fuerza persuasiva; ha hablado el hombre de hoy tal cual es.

13. Otra cosa debemos destacar aún: toda esta riqueza doctrinal se orienta en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades. La Iglesia se ha declarado casi la sirvienta de la humanidad precisamente en el momento en que tanto su magisterio eclesiástico como su gobierno pastoral han adquirido mayor esplendor y vigor debido a la solemnidad conciliar; la idea del servicio ha ocupado un puesto central.

14. Todo esto y cuanto podríamos aún decir sobre el valor humano del Concilio, ¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado, no; vuelto, sí. Pero quien observa este prevalente interés del Concilio por los valores humanos y temporales no puede negar que tal interés se debe al carácter pastoral que el Concilio ha escogido como programa, y deberá reconocer que ese mismo interés no está jamás separado del interés religioso más auténtico, debido a la caridad, que únicamente lo inspira (y donde está la caridad, allí está Dios), o a la unión de los valores humanos y temporales con aquellos propiamente espirituales, religiosos y eternos, afirmada y promovida siempre por el Concilio; éste se inclina sobre el hombre y sobre la tierra, pero se eleva al reino de Dios.

15. La mentalidad moderna, habituada a juzgar todas las cosas bajo el aspecto del valor, es decir, de su utilidad, deberá admitir que el valor del Concilio es grande al menos por esto: que todo se ha dirigido a la utilidad humana; por tanto, que no se llame nunca inútil una religión como la católica, la cual, en su forma más consciente y más eficaz, como es la conciliar, se declara toda en favor y en servicio del hombre. La religión católica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en una sola humana realidad: la religión católica es para la humanidad, en cierto sentido, ella es la vida de la humanidad. Es la vida, por la interpretación, finalmente exacta y sublime, que nuestra religión da del hombre (¿no es el hombre, él solo, misterio para sí mismo?), y la da precisamente en virtud de su ciencia de Dios: para conocer al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es necesario conocer a Dios; nos baste ahora, como prueba de esto, recordar la encendida palabra de Santa Catalina de Siena: "En tu naturaleza, deidad eterna, conoceré mi naturaleza" (Or. 24). Es la vida, porque describe su naturaleza y su destino y le da su verdadero significado. Es la vida, porque constituye la ley suprema de la vida, y a la vida infunde la misteriosa energía que hace que la podamos llamar divina.

16. Y si recordamos, venerables hermanos e hijos todos aquí presentes, cómo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (cf. Mt 25,40), el Hijo del hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos, además, reconocer el rostro del Padre celestial: *Quien me ve a mí —dijo Jesús— ve también al Padre* (Io. 14,9), nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre.

17. ¿Estaría destinado entonces este Concilio, que ha dedicado al hombre principalmente su estudiosa atención, a proponer del nuevo al mundo moderno la escala de las libertades y consoladoras ascensiones? ¿No sería en definitiva, un simple, nuevo y solemne enseñar a amar al hombre para amar a Dios? Amar al hombre —decimos—, no como instrumento, sino como primer término hacia el supremo término trascendente, principio y razón de todo amor, y entonces este Concilio entero se reduce a su definitivo significado religiosos, no siendo otra cosa que una potente y amistosa invitación a la humanidad de hoy a encontrar de nuevo, por la vía del amor fraterno, a quel Dios "de quien alejarse es caer, a quien dirigirse es levantarse, en quien permanecer es estar firmes, a quien volver es renacer, en quien habitar es vivir" (San Agustín, *Solil.* I 1,3: PL 32,870).

18. Así Nos los esperamos al término de este Concilio ecuménico Vaticano II y al comienzo de la renovación humana y religiosa que él se ha propuesto estudiar y promover; así lo esperamos para Nos, hermanos y Padres del Concilio mismo; así lo esperamos para la humanidad entera, que aquí hemos aprendido a amar más y a servir mejor.

19. Y mientras con tal fin invocamos de nuevo la intercesión de los Santos Juan Bautista y José, Patronos del Sínodo ecuménico; de los santos apóstoles Pedro y Pablo, fundamentos y columnas de la santa Iglesia, y con ellos la de San Ambrosio, obispo, cuya fiesta celebramos hoy, como uniendo en él la Iglesia de Oriente y de Occidente; imploramos igualmente, y de corazón, la protección de María Santísima, Madre de Cristo y, por ello, llamada también por nosotros Madre de la Iglesia, y con una sola voz, con un solo corazón, damos gracias y glorificamos al Dios vivo y verdadero, al Dios único y sumo, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.